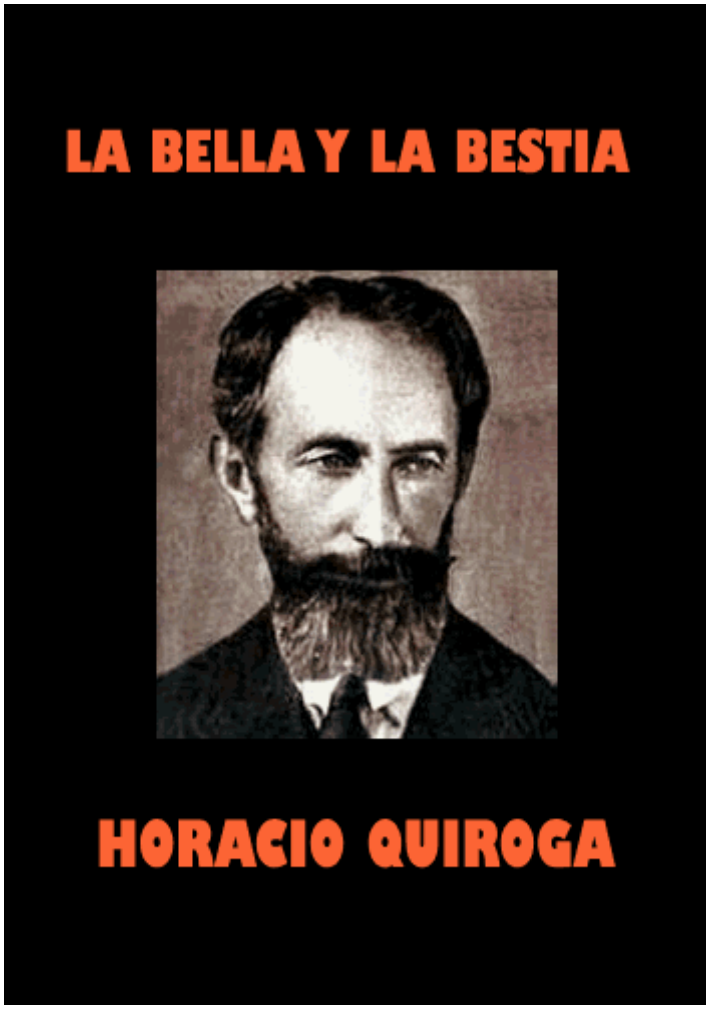
LIBRO dot.com

LA BELLA Y LA BESTIA

HORACIO QUIROGA



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ELLA

Señorita escritora desea sostener correspondencia literaria con colegas. X. X. 17, oficinas de este diario.

Ça y est. La escritora soy yo.

He pensado mucho tiempo antes de dar este paso. No es la inconveniencia de un carteo anónimo, como pudiera creerse, lo que hasta hoy me ha contenido. A Dios gracias, estoy por encima de estas pequeñeces. Pero son las consecuencias del carteo lo que me inquieta.

Por regla general, y para una mujer sensible, el hombre es mucho más peligroso escribiendo que hablando. Es diez veces más elocuente. Halla notas de dulzura que no sé de dónde saca. No impone con su presencia masculina. No mira: frente a una mujer agradable, la mirada del hombre más cauto es un insulto.

Esto, en general. En particular, solamente una especie de hombres es capaz de hablar como escribe; y éstos son los literatos. La parte del alma femenina que hay en cada escritor le da un tacto que ellos nunca apreciarán en su valor debido. Conocen nuestras debilidades; valoran como en sí mismos la plenitud de nuestras alegrías y el vacío absoluto de nuestras inquietudes. Llegan a nuestro espíritu sin rozarnos la carne. Entre todos los hombres, ellos exclusivamente saben hacerse perdonar el ser varones.

La grosería masculina... Sin la chispa de ideal que hace de un patán un poeta, las mujeres hubiéramos vuelto a las cavernas o nos habríamos suicidado.

Sentimiento, ternura, delicadeza de los hombres... ¡Bah! Si me atreviera a definir el amor, diría que en nosotras es una esperanza y en ellos una necesidad.

Ante esta evidencia no valdría la pena continuar viviendo, si de vez en cuando el Señor no depusiera desnudito en los brazos de una madre tan pequeña cosa que será luego un gran poeta.

¡Dios mío! ¡Mas cómo cuesta hallarlos! Conozco a todos por fotografía y a algunos de cerca. ¡Pero qué fugaz este cerca! La madre de Dora me insta siempre a que vaya a su casa los miércoles. Su sala es un verdadero salón literario, como los había en los divinos tiempos de la princesa Matilde. Allí podré hablar con ellos, deleitarme con su conversación, gozar el abandono de entregarles con el alma, la vida entera de un instante.

¿Por qué no voy? Desde que comencé este diario he sentido que más temprano o más tarde debía anotar esta circunstancia... enojosa. Deseo que no se equivoquen sobre mí: me siento muy halagada de ser muy joven, y tan bella de rostro como de figura, al decir de todos. No es, pues, la hipocresía mi principal defecto. Pero de mí se desprende, a lo que parece, una seducción particular, una atracción honda y ciega más fuerte que mi belleza misma, y profundamente... turbadora.

-Tu alma es pura como un lirio -me ha dicho una vez mi tía-. Pero tu destino es más fatal: enloquecer a los hombres.

-¡Pero qué hay en mí, tía! -he sollozado casi-. ¡Yo no tengo el tipo provocador!

-¡Todo lo contrario! Pero por no haber en ti pizca de provocación, atraes como el abismo. No son tan tontos los hombres.

¡Dios mío! ¿Qué hacer? Por todas partes, en todos los amigos que he tratado, en todos los hombres que he conocido, la misma torpeza material, .la misma grosera incomprensión del alma femenina. Creen que una sola cosa les basta para conquistar nuestra finísima sensibilidad: el ser hombres. ¡Y qué orgullosos se sienten de ello!

Cuando Dios hizo a la mujer, arrojó la llave de oro de su espíritu al misterio. El primer poeta suicida la halló dentro de su ataúd; y desde entonces los escritores,

dueños exclusivos de ella, se la pasan de unos a otros.

Yo no sé cómo se llama el artista que hoy la posee; pero voy a él, confiada.

He mostrado a mi tía el aviso que envié esta mañana al diario. Se ha puesto los lentes, no tanto para leer como para mirarme por encima de ellos.

-¿Y has pensado en el peligro de que alguno te guste... no espiritualmente? -me ha dicho.

-¡Oh, tía! -he respondido sentándome en el brazo del sillón a abrazarla-. Si es un escritor, ¡soy toda suya!

ÉL

Puedo llegar a ser el hombre más feliz de la Tierra. ¡Acabo de hallarla por fin, cuando había perdido todas las esperanzas! Nadie puede hacerse una idea de lo que es tener por fin a tiro a una chica monísima que nos ha enloquecido ya al pasar. Pregunté por ella tres meses seguidos; todo en vano. Y he aquí que la encuentro cuando menos lo esperaba, en los miércoles de una casa de familia.

La casualidad me pone en contacto, apenas adentro, con la señora de Morán, que me profesa cordial estimación. ¡Y es tía suya!

-Magnífico -le digo-; usted me va a hacer un favor muy grande. Preséntemela.

-¿Le gusta?

-Locamente.

-Pierda entonces las esperanzas. No es para usted.

-¿Por qué? Yo no soy acabadamente vil.

-Usted es encantador; pero no es el hombre que va a llamar al corazón de Mechita.

-¡Diablo! ¿Tan inconquistable es?

-Para usted, inmensamente.

Mi amiga no parece bromear. Yo murmuro: ¿De veras?, con acento tan grave y aire seguramente tan desconsolado, que la señora se apiada después de medirme un rato en silencio.

-Yo quiero locamente a Mechita, pero también lo estimo mucho a usted. ¿Está seguro de poder hacerla feliz un día?

¡Diablo de Mechita! Ante tanta solemnidad, y la exaltación superhumana que de Mechita se hace, pregunto atemorizado:

-¿Pero ella es una mujer... como todas?

-No sea loco -me responde mi amiga-.Quiero decir, si usted es capaz de enamorarse... de su espíritu.

-Si posee de espíritu una centésima parte de su encanto físico, me caso mañana mismo.

-Eso ya lo verá usted. Por estimarlo como lo estimo, voy a ser infiel a Mechita. Acérquese más y escuche.

Y con la sorpresa del caso, se me confía el secreto de cierto aviso que debe aparecer en un diario, a fin de que yo tome las medidas que crea más convenientes.

ELLA

Ya está. Éxito completo. He recibido ocho respuestas, ocho espirituales cartas en papel de esquela. Tres tienen monograma, y cuatro comienzan como las nuestras, por la última página.

¡Pero qué cartas! ¡Dios mío! Si yo hubiera nacido hombre y poeta, creo que no hubiera tenido la finura de ellos.

¿Ello? Todos no. Siete cartas son iguales, pero la última es un enigma. Primero de todo, escrita en una vulgar hoja de block. Segundo, da la impresión más acabada de que su autor no tiene idea de lo que es una correspondencia literaria: "...en la medida de mis fuerzas, me desempeñaré gustoso, tratando de halagar a usted...".

¡Qué estilo! Tratando de halagarme... Su autor tiene vocación de artista, pues cree serlo; pero nada más, el pobrecito...

He dejado pasar diez días sin contestar a ninguna. Véase por qué:

Los literatos, debido a la prodigalidad de sus sentimientos, reciben cartas femeninas no siempre inspiradas en una emoción artística. El menos avisado de mis ocho escritores no ha dejado de sospechar en mí un lazo de este género. Ante mi silencio algunos perderán toda esperanza, y otros volverán a escribirme; pero el tono de sus cartas me indicará nítidamente a los que persisten en error.

Pues bien: me he equivocado. Los siete escritores de verdad han vuelto a ofrecerme su correspondencia espiritual, con la misma finura y las mismas hermosísimas frases de la primera vez. Sólo el octavo, el fresco señor del papel de block, no ha dado señales de vida.

He estado a punto de reírme sola. ¿Qué pensará el buen hombre? Se ha resentido ante mi silencio, con seguridad. ¡Pero tampoco sospechó en mí una correspondencia extra-artística, pues de ser así hubiera insistido! En fin, no creo haber perdido nada.

¡Un mes de carteo ya! ¿Fui yo, en verdad, la que buscó para alimento de su alma la palabra mágica de un literato? Comprensión, exquisitez, soplo anímico, caricia ideal... ¡Dios mío! ¡Todo, todo lo poseo de ellos! ¡Y me siento tan, tan vacía!

Al concluir de leer una tras otra las siete cartas, tengo siempre la sensación de ser toda yo, hasta lo más íntimo de mi ser, algo dulce; pero apenas dulce, ¡de una levísima dulzura que se torna ansiosa de ser concretamente dulce! Paréceme que floto, sin lograr asentarme en tierra. Toco las cosas, y es como si en pos de haber sufrido mi contacto, huyeran de mí. ¡Y este estado de beatitud aplastada en que quiero sentirme! ¡Y esta ansia de dulzura definitiva que voy a alcanzar y me huye siempre!

A veces, cuando concluyo de contestar las siete cartas, pienso en aquel

original del block. ¿Qué podía haberme escrito? Vulgaridades sin nombre... pero me hubieran hecho reír. ¡Pobre señor! Continúa resentido conmigo.

¿Y si le escribiera de nuevo? Con seguridad no se vio nunca tan halagado.

Anoche le envié dos líneas. He aquí su respuesta:

"Señorita: usted me pregunta por qué no le escribí más. El motivo es haberme dado cuenta, después de contestar a su carta, que yo no había entendido bien. Usted hablaba de correspondencia literaria. Y yo no soy literato. En la seguridad que usted sabrá disculparme mi error, la saluda atte... ".

No está mal, ¿verdad? podía, sin embargo, haberse excusado de no ser literato: "...darme cuenta que... disculparme mi error...".

¡Pero por inculto que sea no puede ignorar lo que es una correspondencia literaria!

¿Con qué objeto, pues, se hizo al principio el tontillo, para encerrarse luego en su feroz silencio?

¡Ah! Y siempre su poética hoja de block.

¡Qué sueño! Soñé anoche que un. desconocido se acercaba a mi lecho y me susurraba al oído: "Te está engañando. Los otros son literatos; pero el literato verdadero es él".

He comprendido, con la brusca revelación de la verdad, el porqué de mi oculta predilección. ¡Pero sí, sin duda alguna! ¡Se ha disimulado, se ha disfrazado bajo su estilo comercial! ¡Cómo no lo sospeché antes! Ahora se explica su actitud toda.

¡Ah, muy bien! Pierda usted cuidado, señor escritor. ¡Es usted mal psicólogo, si cree que le voy a dar el gusto de halagar su vanidad, reconociéndolo poeta!

"Señor: A pesar de todo, ¿ tendría la amabilidad de perder el tiempo cambiando impresiones conmigo? Se considerará muy honrada SS... "

"Señorita: No alcanzo a comprender qué interés puede usted tener en cambiar impresiones conmigo, pues, como ya se lo he dicho, no soy literato. Impresiones que puedan entretener a usted no tengo ninguna. Creyendo así haber satisfecho cumplidamente sus deseos, la saludo arte..."

¿Ah, sí? ¿Cree usted así como así señor literato sutil, haber satisfecho mis deseos? Lea usted esta cartita:

"Señor: Confieso también que me equivoqué al juzgar a usted escritor un pequeño instante. Con este doble error, doy por terminada esta efímera correspondencia".

El yerro fue solo mío. Pero tiene que ser muy hábil para reanudar con aires de triunfo el carteo.

¡Y no reanuda! ¡Un mes transcurrido en el más fosco silencio!

¿Me habré equivocado? ¿Será un patán como cualquiera, sin un soplo de ideal?

Pero no; habría respondido alguna grosería de despecho, pues la vanidad de los hombres vulgares, en sus pequeñas cosas, es más fuerte que la de los mismos literatos.

¿Entonces? ¿Qué pretende? ¿Burlarse de mí?

He soñado toda la noche, despertándome a cada momento. Hoy estoy quebrantada, sin gusto para pensar un instante en mí misma.

Dejemos. Reanudaré la correspondencia con mis siete colegas de verdad, escritores al fin. El otro ha muerto.

"Señor: ¿ Ha muerto usted? Le hago esta pregunta, movida por la más estricta curiosidad."

A lo que ha respondido:

"Señorita: No he muerto todavía. Si lo que usted quiere preguntar en su cartita de ayer, es el porqué de mi silencio, le recordaré que fue usted quien lo impuso, y no yo. ¿Está usted satisfecha?".

Seis horas después, debe haberle llegado esta sola línea mía:

"Yo, no. ¿Y usted?"

Y él, en seguida:

"Yo, tampoco".

¡Pero qué trabajo! ¡Cuán difícil es conquistar! ¡Dios mío! ¿Habrá sido así tan duro con todas las que le han escrito?

¡"Mi" literato! Porque en vano sus cartas, su estilo y su vulgar claridad para explicar las cosas pretenden engañarme. ¿Quién, sino un artista, hubiera sido capaz de hallar el procedimiento para interesarme sin ofenderme? Los hombres vulgares no proceden así. Como los hombres ricos de Maeterlinck, son los eternos hambrientos sin tener necesidades.

Hace dos meses que nos escribimos.

¿Qué me dice? No sé. Nada extraordinario, ¡oh, no! Su misma constante simulada sencillez. ¡Pero cosa curiosa! ¡Sus expresiones, que en otros me parecen triviales, en él, con las mismas palabras y el mismo tono, me parecen llenas de energía!

¡Literato mío! ¡Cómo reconozco tu divina sutileza!

Mas su nombre, siempre en el misterio. He agotado la lista de los escritores del país, sin hallar el suyo. No es tampoco un seudónimo; lo conozco ya demasiado para creer eso en él. ¿Pero, entonces?

Tía se echó a reír ayer ante mi pesadumbre.

-¡Pero tía! -le digo-. ¡Es un magnífico escritor, estoy segurísima! ¡Y quiero leerlo!

-¿Y también verlo, por supuesto?

-¡Por supuesto que sí, tía!

La entero entonces de sus deseos de conocerme. ¿Me puedo arriesgar?

-¿No temes desilusionarte? -me pregunta ella.

-¿De qué? Sé que me aprecia y me respeta.

-¿Y si es feo?

-¿Muy, muy feo?

-Sí. Y que no sea literato.

-¡Oh, tía! Esto es imposible. No se puede disimular hasta ese punto la falta de literatura, sin ser literato... ¿Feo...? No importa. Yo tampoco soy linda.

Mi tía hace: Hum... hum... y concluye:

-Bien, Mechita: recíbelo. A los diez minutos te habrás dado cuenta de si debes o no continuar con él tu correspondencia literaria.

-¡Y sí, tiíta! ¡De no ser así, no estaría loca por conocerlo! El martes, ¡gran día!

EL

Esta tarde, a las seis en punto, voy a su casa. ¿Quién me lo hubiera dicho, cuando hace cuatro meses me consideraba el más infeliz de los mortales porque no podía encontrarla? Y ahora, esperándome, apoyada en treinta y tantas cartas de amistad...

He ido volando a contárselo a su señora tía.

-¡Triunfo completo! -le he dicho-. Consiente en verme.

-¡Enhorabuena! Y ahora que usted conoce su espíritu, ¿le gusta Mechita como antes?

-Estoy loco. No le puedo decir otra cosa.

-Entendámonos: ¿enamorado de su alma...?

-Sí, ¡por Dios bendito, señora! ¡De su alma, sí! A pesar de sus chi-

fladuras literarias, tiene una cabecita muy sana. Y su cuerpo también me

enloquece.

-No necesita repetirlo. En fin, que sea feliz.

-Y me voy. No sé qué será de mí, cuando se derrumben los ensueños que forjó sobre mis aficiones artísticas... Allá veremos. Pero si es verdad que yo no le disgusto, tal cual soy, y ella es tan terriblemente bella y pura como de pie en un salón, entonces, ¡Dios nos ampare!

ELLA

¡Qué alucinación! ¡Qué dos horas de vértigo! Tengo la impresión de haber llorado y reído; de haber sido molida a golpes, y haber sollozado de dicha.

¡Cuán feliz! ¡Pero cuán feliz soy!

Hace una hora que se ha ido. Llegó a las seis en punto, y vino hasta mí con una franqueza irresistible desde el primer instante.

¡Amor mío! ¡Cómo hacerte comprender que ya la rectitud de tu paso me había conquistado antes de tocar tu mano!

Sin variante alguna, como lo había imaginado: trigueño, sin bigote, y sólida y blanca dentadura, bien visible, cuando ríe.

Pienso en el temor de tía: "¿Y si es feo?" Sonrío ahora.

¡Oh! Pero en el último cuarto de hora, cuando habíamos hablado y hablado y nos habíamos puesto de pie, y él me miraba un poco pálido y yo le había entregado ya mi alma, sin saber lo que hacía ni cómo lo había hecho, ¡oh, entonces no me sonreía, porque estaba segura de morir si él me apoyaba apenas un dedo en el hombro!

¡Dios mío! ¡Entre sus brazos fue donde apoyé mi cabeza desvanecida, cuando en el instante de despedirnos, me recogió bruscamente a él!

Humillación, gozo y horror de mí misma había en mis sollozos. Pero lo que sobre todo sentía era la inmensa protección de su mano alisándome el cabello, y el sostén de un robusto cuerpo que me protegía toda.

Mientras estuvimos así, nada me dijo. Y él no sabrá nunca que su resolución para conquistarme no me hubiera hecho tan tiernamente suya, como su inmediato silencio.

¡Más que feliz ahora! ¡Y cómo me río al evocar la "tremenda catástrofe"! ¿Recuerdan ustedes la "vulgaridad de los hombres sin ideales de arte", y la "grosería de sus sentimientos"?

Así, pues, le susurré:

-Dime ahora quién eres, qué libros has escrito.

El se echó a reír, enseñando más aún su blanca dentadura.

-Es que yo no soy escritor -me dijo-. Pero tú soñabas... y no tuve valor para desengañarte. Sería incapaz de hacer un solo versó. He tenido que trabajar siempre para ganarme la vida; y todo lo que puedo ofrecer a una mujer es un. fuerte corazón... prosaico.

¡Huy, qué discursó! El ríe aún:

-De modo que me quieres... ¿sin literatura?

-¡De cualquiera manera!

-¿Y (con una insinuación a mis primeras cartas) un besó no es un grosero crimen?

-¡Oh, no!

Pero él está a punto de despertarme dolorosamente, cuando me dice: -Olvidaremos, pues, que yo era la bestia; y tú... Recuerdo que hay un cuento para niños...

-Sí, *La belle et la bête*... -mumuró yo en francés.

Pero él agrega riendo -y sin recordar que yo estoy convaleciente-:

-Eso es. Yo también sé francés, verás: Donc, yo soy... *la bête*. ¿Et tu? ¡Dios mío! Se dice: *Et toi...* Pero bajó su boca, respondo desfallecida:

-*¡La bête, aussi...!*